

hijo del rey de Jerusalem, la iglesia misma del Santo Sepulcro. Perdóneme, pues, por esta vez Nuestra Señora de Paris; ya no lo volveré á hacer, y yo os regalaré una bellissima estatua de plata, semejante á la que regalé el año pasado á Nuestra Señora de Econys. Amén.

Hizo la señal de la cruz, se puso en pié, se cubrió y dijo á Tristán:

—Daos prisa; que vaya con vos el capitán Febo de Chateaupers; que toquen á rebato; destrozad al populacho y ahorcad á la hechicera; quiero que vos mismo os encarguéis del trabajo de la ejecucion. Me respondeis de todo.—Ven, Olivier; esta noche no me acuesto; aféitate.

Inclinóse Tristán l' Hermita y salió; entonces el rey, despidiendo con la mano á Rym y á Coppenole, les dijo:

—Guárdeos Dios, señores. Id á descansar un poco, que la noche está ya muy adelantada y falta poco para amanecer.

Los embajadores se retiraron, y al dirigirse á sus respectivas habitaciones, conducidos por el capitán de la Bastilla, decia Coppenole á Guillermo Rym:

—Yo ya estoy harto de este rey que tose. He visto borracho á Carlos de Borgoña y no era tan malo como Luis XI enfermo.

—Maese Santiago, le contestó Rym, habeis de saber que los reyes tienen el vino menos cruel que las tisanas.

VI.

Luz de bromal

Al salir Gringoire de la Bastilla bajó por la calle de San Antonio con la velocidad de un caballo desbocado. Al llegar á la puerta Bandoyer fuése en derechura á la cruz de piedra erigida en mitad de dicha plaza, como si hubiese distinguido en la oscuridad la figura de un hombre vestido y encapuchado de negro, que estaba sentado en las gradas de la cruz.

—Sois vos, señor maestro? le preguntó Gringoire.

El personaje vestido de negro se puso en pié y contestó:

—Voto á brios! ¡ya me tienes desesperado! El vigía de la torre de San Gervasio acaba de anunciar la una y media de la madrugada.

—No fué mia la culpa, sino de la ronda y del rey, contestó Gringoire. ¡De buena he escapado! Siempre estoy próxi-

mo á ser ahorcado. ¡Es mi terrible predestinacion!

—Estás próximo á todo siempre... pero no perdamos el tiempo. ¿Sabes el santo y seña?

—Figuraos que he visto al rey... ahora vengo de allí... Me sucedió una verdadera aventura.

—Basta de charla... ¿qué me importa esa aventura? Dime el santo de los hampones.

—Lo sé... sosegaos; luz de broma.

—Sin saberlo no podríamos penetrar en la iglesia, porque los hampones ocupan todas las calles alrededor de ella. Afortunadamente encontraron resistencia... aun puede que lleguemos á tiempo.

—Sí, señor. ¿Pero cómo entraremos en Nuestra Señora?

—Tengo la llave de las torres.

—Y cómo saldremos?

—Hay detrás del claustro una puertecilla que dá sobre el Terreno, junto al rio. Tengo la llave de esa puerta, y esta mañana amaré una lancha á la orilla.

—Cáspita! Por poco me ahorcan! repitió Gringoire.

—Vamos pronto, despachemos, dijo el otro.

Ambos se dirigieron apresuradamente hácia la Cité.

VII.

Chateaupers, á ellos!

El lector recordará la crítica situación en que dejamos á Quasimodo. El intrépido sordo, acosado por todas partes, habia perdido, sino el valor, la esperanza de salvar, no su persona (pues en esto no pensaba), sino á la gitana. Corrió sin tino de uno á otro lado de la galería. Nuestra Señora iba á caer ya en manos de los hampones, cuando de pronto resonó en las calles inmediatas un gran galope de caballos que, iluminados por una larga fila de hachas y llevando una espesa columna de ginetes á escape y lanza en ristre, desembocaron en la plaza como un huracan, gritando furiosos: Viva Francia!

—Acuchillad á la canalla! ¡Chateaupers y á ellos!

Aterrados los hampones, dieron media vuelta.

Quasimodo, que no podia oír, vió relucir las espadas desnudas y las puntas de las picas; contempló las hachas encendidas y la caballería, á cuyo frente

iba el capitán Febo; vió la confusion de los sitiadores, el espanto de unos y la indecision de los más atrevidos, y con socorro tan inesperado recobró tanta fuerza, que lanzó fuera de la iglesia á los primeros enemigos, que ya penetraban por la galería.

Eran, en efecto, las tropas del rey, que acudian á librar del sitio á Nuestra Señora.

Pelearon los hampones como valientes, defendiéndose como gente desesperada. Atacados por el flanco por la calle de San Pedro y por la retaguardia por la calle del Atrio; arrinconados contra Nuestra Señora, que sitiaban aun y que Quasimodo defendia; sitiados al mismo tiempo que sitiadores, se hallaban en la misma situacion que se encontró después el conde Enrique de Harcourt en el famoso sitio de Turin, en 1640, entre el príncipe Tomás de Saboya, á quien sitiaba, y el marqués de Léganés, que le bloqueaba á él.

La lid fué horrorosa. A carne de lobo diente de perro, como dice el historiador Pedro Mathieu. La caballería del rey, á cuya cabeza se batia con valor Febo de Chateaupers, no daba cuartel á nadie, y el hacha concluía con los que escapaban de la espada. Los hampones, mal armados, rabiaban y mordian. Hombres, mujeres y niños se arrojaban á las grupas y á los pechos de los caballos, agarrándose á ellos como los gatos, con los dientes y con las uñas. Unos sacudian las antorchas en las caras de los arqueros; otros clavaban garfios de hierro en el cuello de los ginetes y los derribaban de sus monturas; los que caian al suelo eran hechos pedazos. Un hampon llevaba una gran hoz ancha y reluciente, y cortó durante mucho rato las piernas de los caballos. Este bandido era horroroso: con voz gangosa entonaba una cancion, al mismo tiempo que manejaba la hoz con rapidez; á cada golpe trazaba en derredor suyo un gran círculo de miembros cortados. De este modo consiguió llegar hasta el centro de la caballería con la tranquila lentitud y la respiracion regular del segador que siega un campo de trigo. Este hombre era Clopin Trouillefon: un tiro de arcabuz dió fin á sus hazañas y á su vida.

Entre tanto se iban abriendo las ventanas de las casas. Los vecinos, al oír el grito de guerra de los soldados del rey, tomaron parte en la accion, y de todos los pisos llovian balas sobre los hampones. La plaza del Atrio estaba llena de

humo espeso, que sulcaba con listas de fuego la mosquetería, viéndose apenas la fachada de Nuestra Señora y el Hospital, en el que algunos enfermos macilentos se asomaban á contemplar esta escena desde las buhardillas.

Al fin cedieron los hampones. El cansancio, la falta de buenas armas, el espanto de la sorpresa, el tiroteo de las ventanas, el terrible choque con las tropas del rey, todo esto contribuyó á desalentarlos. Forzaron la línea de sus enemigos y echaron á huir en todas direcciones, dejando en la plaza del Atrio inmenso monton de cadáveres.

Cuando Quasimodo, que no dejó un momento de pelear, vió la derrota de los hampones, se arrojó y alzó las manos al cielo; después, loco de alegría, echó á correr y subió con la velocidad de un pájaro á la celda, cuyas cercanías acababa de defender con heróica intrepidez. Solo un pensamiento le ocupaba: el de hincarse de rodillas ante la mujer que por segunda vez salvaba.

Cuando llegó y entró en la celda, la encontró vacía.

LIBRO ONCENO

I.

El zapatito.

Mientras los hampones estaban sitiando la Catedral, Esmeralda dormia. Pero pronto la despertaron el extrépito que se oía y los balidos de la cabra, que se despertó antes que ella. Incorporóse en la cama, aplicó el oído y miró en torno de sí, quedando aterrada del estruendo, que resonaba hasta dentro de la iglesia, y del resplandor que veía; se levantó y salió de la celda á averiguar lo que era aquello. El aspecto de la plaza, el desorden del asalto nocturno, la multitud asquerosa, saltando como una nube de ranas en la oscuridad; la vocinglería de la ronca muchedumbre, las antorchas rojizas que corrian y se cruzaban, toda aquella escena, en fin, le parecia misteriosa batalla trabada entre los fantasmas del sábado y los monstruos de piedra de la Catedral. Imbuida desde la niñez en las supersticiones de su tribu, lo primero que creyó fué que habia sorprendido en sus maleficios á esos extraños seres, hijos de la noche.

Corrió despavorida á esconderse en su celda, por ver si en su miserable lecho no la asaltaba pesadilla tan horrible.

Poco á poco fueron disipándose en Esmeralda los primeros vapores del miedo; al oír el estruendo, que crecía cada vez, y al ver otras muchas señales reales, comprendió que estaba amenazada, no por espectros, sino por seres humanos. Su miedo, sin aumentar, varió de objeto; ya había creído varias veces en la posibilidad de una rebelion popular para arrancarla de su asilo, y la idea de perder por segunda vez la vida, la esperanza y á Febo, que entreveía en su porvenir; la idea del abandono en que se encontraba y la de la imposibilidad de la fuga, llenaban de amargura su corazón. Se puso de rodillas con el rostro apoyado contra la cama, uniendo las dos manos sobre la cabeza, y á pesar de ser egipcia, idólatra y pagana, pedía sollozando que la salvara al Dios de los cristianos y á Nuestra Señora de Paris.

Largo rato pasó prosternada de este modo, temblando y orando, oyendo la algazara de aquella furiosa multitud, cada vez más cerca, sin saber de qué provenía aquel tumulto, ni el objeto de él, pero presagiando terrible desenlace.

Estando orando aun la angustiada jóven, oyó ruido de pasos detrás de ella. Volvióse azorada; dos hombres, uno de los cuales iba provisto de linterna, acababan de entrar en la celda. Esmeralda lanzó un débil grito.

—Nada temais, la dijo una voz que no le era desconocida; soy yo.

—Quién sois? le preguntó.

—Pedro Gringoire.

Este nombre la tranquilizó y se atrevió á mirarle; en efecto, era el filósofo; pero vió una figura negra y encapuchada que la heló de terror.

—Esmeralda: primero que vos, la dijo Gringoire con acento de reconvencion, me ha reconocido Djalí.

La cabrita, sin esperar á que maese Pedro dijera su nombre, en cuanto entró en la celda empezó á restregarse contra sus rodillas, cubriendo al poeta de caricias y de pelos blancos, porque el animalito estaba en el tiempo de la muda. Gringoire la acariciaba tambien.

—Quién viene con vos?

—No os asustéis; es un amigo mio.

El filósofo dejó en el suelo la linterna, se puso en cucullas y exclamó con entusiasmo, estrechando entre sus brazos á la cabra:

—Oh, es un animal muy gracioso!

más hermoso, sin duda, por su limpieza que por su magnitud, pero además es ingenioso, sutil é instruido como un gramático. Veamos, Djalí, si has olvidado tus habilidades. ¿Cómo hace maese Jaime Charmolne?

No le dejó concluir el encapuchado; se acercó á Gringoire y le dió un fuerte empujón, que le hizo ponerse de pié.

—Es verdad, dijo: se me olvidaba que estamos de prisa. Pero esa no es una razon para aporrear á las personas.—Hija mia de mi corazón, vuestra vida y la de Djalí corren peligro. Os quieren volver á coger; pero nosotros somos amigos vuestros y venimos á salvaros. Seguidnos.

—Es cierto? exclamó ella fuera de sí.

—Sí, es cierto. Venid, venid con nosotros.

—Voy corriendo... ¿pero por qué no habla vuestro amigo?

—Ah!... contestó Gringoire, porque sus padres eran gentes estrafularias que le hicieron de temperamento taciturno.

Fué preciso que la gitana se contentase con esta explicacion. Cogióla Gringoire por la mano, tomó su compañero la linterna y echó á andar delante de ellos. El miedo tenia aturrida á la pobre jóven, que se dejaba conducir como un autómata; la cabra los seguía brincando, tan contenta de volver á ver á Gringoire, que á cada paso le hacia tropezar, enredándole las piernas en los cuernos.

—Hé aquí lo que es la vida, decia el filósofo cada vez que estaba á punto de dar en el suelo con las narices; casi siempre nuestros amigos son los que nos hacen caer.

Bajaron con rapidez la escalera de las torres, atravesaron la oscura y solitaria iglesia, en la que retumbaba el estruendo exterior, formando horrible contraste, y por la puerta Roja salieron al patio del claustro. Este estaba desierto; todos los canónigos se habían refugiado en el Obispado para cantar allí en coro: el patio estaba vacío y solo algunos criados asustados se escondían en los rincones más oscuros. Los tres personajes se dirigieron hácia la puertecilla que comunicaba con el Terreno desde el patio, y el encapuchado la abrió con una llave que llevaba consigo. Nuestros lectores ya saben que el Terreno era una lengua de tierra cercada de paredes por la parte de la Cité, perteneciente al Cabildo de Nuestra Señora, y que terminaba la isla por detrás de la iglesia. Los fugitivos encontraron dicho cercado enteramente

desierto. El estruendo del asalto de los hampones llegaba allí más confuso y menos agudo. El viento fresco que se deslizaba por el río movía las hojas del único árbol plantado en la punta del Terreno. Estaban aun, sin embargo, próximos al peligro; los edificios que tenían más cerca eran el Obispado y la iglesia, y en el primero reinaba gran desorden interior. Brillaban en su tenebrosa mole multitud de luces que corrían de una á otra ventana. Las altas torres de Nuestra Señora se veían por detrás, así como la larga nave sobre la que se elevan, destacándose en la oscuridad sobre el ancho y rojizo resplandor que llenaba el átrio, y parecían dos gigantes morrillos de una hoguera de cíclopes. Lo que se veía de Paris oscilaba ante la vista en sombra mezclada de luz; Rembrandt tiene fondos semejantes en sus cuadros.

El hombre de la linterna se acercó á una extremidad del Terreno. Veíanse allí, en la orilla del agua, las ruinas destrozadas de una cerca de estacas, en las que una viña raquítica enganchaba flacas ramas, extendidas como los dedos de una mano abierta. Detrás, y en la sombra de dicho empujón, había una lancha oculta. Hizo el encapuchado señal á Gringoire y á su compañera de que entrasen en la barca, como lo hicieron ambos y la cabra; entró luego él, cortó las amarras de la lancha, la alejó de tierra con un largo garfio, cogió los remos y se sentó en la proa, remando con todas sus fuerzas para internarse en el río. El Sena era muy rápido en aquel punto y les costó mucho trabajo separarse del borde de la isla.

En cuanto Gringoire entró en el barco, su primer cuidado fué el de colocar á la cabra sobre sus rodillas. Sentóse en la popa, y la gitana, á la que el incógnito causaba inquietud indefinible, se sentó á su lado, arrimándose al filósofo todo lo que pudo.

Cuando vió éste que el barco andaba, empezó á dar palmadas y besos á Djalí entre los cuernos, y exclamó:

—Ya estamos salvos los cuatro! El éxito de las grandes empresas, unas veces se debe á la fortuna y otras á la astucia.

Mientras bogaba el barco hácia la orilla derecha, observaba Esmeralda al incógnito con secreto terror; éste había ocultado cuidadosamente la luz de la linterna. Entreveíasele en la oscuridad, sentado en la proa del barco, como un espectro. Su capucha, caída sobre la

cara, le cubría como una careta, y cada vez que al remar abría los brazos, de los que pendían anchas y negras mangas, parecían dos grandes alas de murciélago. Pero respiraba apenas y no decia la menor palabra. Solo se oía en la lancha el ruido producido por el vaiven de los remos, confundido con el susurro del agua, por donde éstos pasaban.

—Pardiez! exclamó de pronto Gringoire, que estamos alegres y joviales como buhos; llamamos como peces! ¡Observamos pitagórico silencio! Pascua de Dios! Amigos míos, hablemos.

La voz humana es una música para el oído del hombre, y no soy yo, sino Didi-mo el de Alejandria, el que ha dicho esas hermosas palabras.—Hablad, mi querida Esmeralda; decid algo. Recuerdo que antes teníais costumbre de hacer un gracioso mohín; ¿habéis perdido ya ese hábito? ¿Sabíais que el Parlamento tiene plena jurisdiccion sobre los lugares de asilo y que corríais grave peligro en la celdilla de Nuestra Señora?—Señor maestro, ya se descubre la luna; ¡Dios quiera que no nos descubran!... Practicamos una accion laudable salvando á esta jóven, y, sin embargo, si nos atrapasen, nos ahorcarían por orden del rey. Ah! las acciones humanas tienen dos aspectos: se vitupera en unos lo que se aplaude en otros, y culpa á Catilina el que admira á César. ¿No es verdad, maestro? Qué decís de esta filosoffa? Yo poseo la filosoffa por instinto; es natural en mí.—Vamos! Nadie me contesta! Será preciso que hable yo solo; esto es lo que en estilo trágico llamamos monólogo.—Pascua de Dios! Acabo de ver al rey Luis XI y se me ha quedado en la memoria este juramento. ¡Pascua de Dios, pues, cómo aullan en la Cité! Es un malvado ese monarca vejete, siempre cubierto de pieles. Todavía me está debiendo el dinero del epitalamio, y gracias que no me hizo ahorcar esta noche, lo que me hubiese disgustado mucho. Es un avaro para con los hombres de mérito, y debería leer los cuatro libros de Salviano de Colonia: *Adversus avaritiam*. Porque es un rey mezquino con los hombres de letras y comete bárbaras crueldades; es una esponja que se empa-pa con el dinero del pueblo. Sus ahorros son como el hígado, que se hincha de las debilidades de los demás miembros; por eso las quejas contra los malos tiempos se convierten en murmullos contra el príncipe. En el reinado de este monarca santurron las horcas estallan bajo

el peso de las víctimas, los tajos se pudren por la abundancia de la sangre y las prisiones revientan como vientres demasiado llenos. Este rey tiene una mano que toma y otra que ahorca; es el procurador de la señora Gabela y de monseñor el Patíbulo. Despoja á los grandes de sus dignidades y abrumba á los pequeños con innumerables vejaciones. No me gusta este rey, maestro, ¿y á vos?

El encapuchado dejaba hablar y glorificar sus propias palabras al filósofo parlanchin, mientras luchaba con la corriente violenta y cerrada que separaba la proa de la Cité de la popa de la isla de Nuestra Señora, que hoy llamamos isla de San Luis.

—Ahora que recuerdo, maestro, dijo de pronto Gringoire. En el momento que llegamos al átrio, atravesando por entre los rabiosos hampones, ¿no notásteis que el sordo se disponía á machacar la cabeza sobre la baranda de la galería de los reyes á un infeliz? Soy corto de vista y no pude conocer quién era: ¿lo sabéis vos?

El incógnito no respondió, pero dejó bruscamente de remar; desfallecieron sus brazos como dos juncos quebrados, dejó caer la cabeza sobre el pecho y Esmeralda oyó que suspiraba profundamente. La jóven se estremeció; recordó haber oído suspiros como aquellos.

Abandonada la barca á sí misma, siguió la corriente durante algunos momentos; pero el encapuchado se incorporó al poco rato, asió otra vez los remos y volvió á remar contra la corriente; dobló la punta de la isla de Nuestra Señora y se dirigió hácia el desembarcadero del Port-au-Foin.

—Ah, señor! dijo Gringoire, allá abajo se descubre la casa Barbeau. Mirad; es aquel grupo de tejados negros que forman ángulos tan raros, allá abajo aquel monton de nubes estropajosas, emborronadas y sucias, entre las que la luna parece aplastada y estrellada como la yema de un huevo roto. Es un magnífico edificio; hay en él una capilla que corona una bóveda llena de enriquecimientos muy bien recortados, y se vé por encima del campanario, que está calado con primor. Tiene dicha casa delicioso jardín, con estanque, laberinto, casa de fieras, pajarera y alamedas espesas y gratas á Vénus, en las que existe un pícaro árbol, llamado *el lujurioso*, porque fué cómplice de los amores de una famosa princesa con un condestable de Francia, cultera-

no y galan.—Nosotros ¡ay! los pobres filósofos, somos á un condestable lo que es un campo de coles comparado con el jardín del Louvre. Aunque bien pensado, eso nada significa. La vida humana, para los magnates como para nosotros, es una mezcla de bien y de mal; el dolor siempre está al lado de la alegría, como el espondeo junto al dácilo. Maestro, deseo referiros esa historia, acaecida en la casa Barbeau y que concluyó de un modo trágico. Fué en 1313, bajo el reinado de Felipe V, el más largo de los reyes de Francia (1). La moralidad de esta historia consiste en que las tentaciones de la carne son perniciosas y malignas. No fijemos mucho la vista en la mujer del vecino, aunque su beldad conmueva nuestros sentidos. La fornicación es un pensamiento muy libertino; el adulterio es una curiosidad de la voluptuosidad ajena... ¡Ay, cómo aumenta el estrépito por allá abajo!...

En efecto, crecía el tumulto alrededor de Nuestra Señora. Se pusieron á escuchar y oyeron con bastante claridad numerosos gritos de victoria. De pronto cien antorchas, que hacían relucir los cascos de los hombres de armas, se extendieron por todos los puntos exteriores de la iglesia, por las torres, por las galerías, sobre los botareles: aquellas luces iban buscando, y pronto llegaron distintamente á los oídos de los fugitivos estos clamores: La gitana! la hechicera! ¡la bruja! muera! muera!

La desventurada dejó caer la cabeza sobre el pecho, y el encapuchado se puso á remar con furia hácia la orilla. Entre tanto, Gringoire, reflexionando, estrechaba la cabra entre sus brazos y se separaba suavemente de la gitana, que se iba arrimando á él como al único asilo que le quedaba.

Es que Gringoire se veía en cruel perplejidad; pensaba que, *según la legislación vigente*, la cabra también sería ahorcada si volviesen á cogerla, lo que sería una lástima, y que ya era tiempo de que se sacudiese de dos criminales que se agarraban á él, ya que su compañero no se cuidaba de otra cosa que de salvar á Esmeralda. Se libraba entre sus pensamientos un violento combate, en el que, como el Júpiter de la Iliada, pesaba, ya á la cabra, ya á la gitana, y miraba á una despues de la otra con los ojos húmedos de lágrimas y diciendo entre

(1) Se llamaba Felipe el Largo.

dientes.—¡Sin embargo, yo no puedo salvar á las dos!

Una fuerte sacudida de la lancha advirtió á los fugitivos que acababan de llegar á la orilla. El siniestro bullicio resonaba por toda la Cité. El encapuchado se levantó, se acercó á la gitana y quiso cogerla del brazo para ayudarla á saltar á tierra; pero ella le rechazó y se colgó del de Gringoire, que, ocupado con la cabra, casi la rechazó, y ella saltó sola fuera del barco. La infeliz estaba tan turbada que no sabía lo que se hacía ni á dónde iba, y permaneció unos momentos como estúpida, mirando correr el agua. Cuando recobró el sentido se encontró en el puerto sola con el desconocido: sin duda Gringoire se aprovechó del instante del desembarque para huir con la cabra por el laberinto de casas de la calle Grenier sur l'Eau.

Tembló la gitana al verse sola con aquel hombre. Quiso hablar, gritar y llamar á Gringoire, pero tenía en la boca la lengua inerte y no salió sonido alguno de sus labios. De improviso sintió la mano del desconocido sobre la suya, una mano dura y fría, y se quedó más pálida que los rayos de la luna que la alumbraban. El encapuchado no dijo una palabra, y llevándola de la mano se puso á andar á grandes pasos hácia la plaza de la Grève. Comprendió entonces la gitana la fuerza irresistible del destino, y al verse desamparada y sin recursos, dejóse conducir.

Miró hácia todas partes y no vió ni un solo transeunte; el muelle estaba completamente desierto. No oía más ruidos que los que provenían de la Cité tumultuosa y rojiza, de la que no la separaba más que un brazo del Sena, y hasta donde llegaba su nombre acompañado de gritos de muerte. Todo lo demás de Paris extendía á su alrededor sus grandes masas de sombra.

Seguía arrastrándola el incógnito con el mismo silencio y con la misma rapidez. La infeliz no recordaba ninguno de los sitios por donde pasaba; sin embargo, al llegar delante de una ventana que alumbraba una luz hizo un esfuerzo, endurezose de repente y gritó:—“¡Socorro!”

El inquieto de la ventana asomose á ella en camisa, miró hácia el muelle con ojos estúpidos, pronunció algunas palabras que ella no oyó y cerró la ventana. Así se apagó su último rayo de esperanza.

El encapuchado, siempre silencioso,

tenía muy sujeta á Esmeralda y echó á andar más de prisa; ella le seguía desfallecida.

De vez en cuando le preguntaba: Quién sois? quién sois? El no respondía.

Llegaron por fin, siguiendo siempre el muelle, á una plaza bastante grande; á la escasa luz que vertía la luna reconocieron que era la Grève. En medio de dicha plaza se distinguía una especie de cruz negra enarbolada; era el patíbulo. La infeliz lo reconoció y comprendió dónde estaba.

Paróse el desconocido, se levantó la capucha y se volvió hácia ella.

—Oh! balbuceó petrificada, ¡ya sabía yo que era él!

Era el arcediano, que tenía el aspecto de un fantasma, por el efecto que producen los rayos de la luna, á cuya luz parece que solo se vean los espectros de las cosas.

—Escucha, la dijo, y la jóven se estremeció al volver á oír aquella voz.

Luego continuó, articulando con las interrupciones breves y aspiradas que revelan profundos temblores interiores:

—Escucha. Voy á hablarte. Estamos en la plaza de la Grève... En el último extremo... El destino nos entrega el uno al otro. Voy á decidir de tu vida y tú vas á decidir de mi alma. Hé aquí una plaza y una noche detrás de las que no se vé nada. Escúchame, pues, lo que voy á decirte... Desde luego no me vuelvas á hablar de Febo. No me hables de él. Si pronuncias su nombre no sé lo que haré, pero desde luego te anuncio que será algo terrible.

Dicho esto quedó inmóvil, como cuerpo que encuentra su centro de gravedad; pero sus palabras no indicaban menor agitación. Cada vez hablaba en voz más baja.

—No me vuelvas la cabeza y escúchame, que es muy sério lo que nos ocupa. Desde luego hé aquí lo que ha pasado.—No se reirán de mí, yo te lo juro.—¿Qué es lo que decías? Ah! ya lo recuerdo.—Hay un decreto del Parlamento por el que te vuelven á entregar al patíbulo. Acabo de arrancarte de sus manos, pero te van persiguiendo; mira.

Extendió el brazo hácia la Cité, donde parecía que continuaban las pesquisas. El rumor se aproximaba por momentos; en la torre de la casa del teniente, situada enfrente de la Grève, se oía gran ruido y se veía gran claridad, y por el muelle frontero corrían multitud de soldados con hachas, gritando:—

Dónde está la gitana? Muera! Muera!

—Ya ves que te persiguen y que yo no miento.—Yo te amo... calla, calla; si me has de decir que me aborreces, estoy decidido á volverlo á oír.—Acabo de salvarte... déjame concluir... puedo terminar mi obra. Como tú quieras, podré.

Se interrumpió con violencia.

—No es eso lo que necesito decir.

Sin soltar á la gitana, Dom Claudio corrió y la hizo correr hasta llegar á la horca, y allí, señalándosela con el dedo, la dijo con frialdad:

—Elije entre los dos: ella ó yo.

Esmeralda se escapó de las manos que la oprimian y cayó al pié del patíbulo; abrazada á aquel fúnebre apoyo, medio volvió la hermosa cabeza y miró al sacerdote por encima del hombro; parecia una virgen al pié de la cruz. Dom Claudio permaneció sin movimiento con el dedo levantado hácia el cadalso, con el ademán de una estatua.

Al poco rato le dijo Esmeralda:

—El patíbulo me causa menos horror que vos.

Dom Claudio dejó caer el brazo lentamente y fijó la vista en el suelo con hondo abatimiento.

—¡Si estas piedras pudiesen hablar, murmuró, dirían que soy muy desgraciado!

Luego continuó: la jóven, arrodillada delante del patíbulo y cubierta con su larga cabellera, le dejaba hablar, sin interrumpirle. En aquel momento hablaba Dom Claudio con acento lastimero y tierno, que contrastaba con la altiva dureza de sus facciones:

—Yo te amo, y el cielo sabe que digo la verdad. ¿No asoma en mi exterior el fuego que abrasa mi corazón? ¿No merece tu compasión que yo sufra de día y de noche? Amar de noche y de día como yo amo, es padecer una cruel tortura. Sufro muchísimo y merezco compasión, te lo aseguro. Ya ves que hablo con dulzura y que no quisiera causarte horror. Al cabo y al fin el hombre que ama á una mujer no tiene culpa. Nunca me perdonarás? ¿Me odiarás siempre? Pues ese odio es el que me convierte en malvado y en horrible ante mis propios ojos. ¡Ah, ni siquiera me miras!... Te absorbe quizás otro pensamiento, mientras yo te hablo en pié y temblando en el límite de nuestra comun eternidad.—¡Sobre todo no me hables del capitán!—Yo, que besaria, no tus plantas, porque no me lo permitirías, sino la tierra que pisas; sollozaria

como un niño y arrancaria del pecho, no palabras, sino el corazón y las entrañas, para decirte que te amo; y todo sería inútil... todo!... y sin embargo, tu alma solo contiene ternura y clemencia, respaldada en tu rostro fascinadora dulzura, eres suave, bondadosa, misericordiosa y hechicera. ¡Solo eres mala para mí!... Oh! qué fatalidad!

Cubrióse el rostro con las manos y la gitana le oyó llorar por primera vez. De pié, y agitado por los sollozos, su actitud era más miserable y más suplicante que postrado de rodillas. Lloró algun tiempo.

—En fin, prosiguió pasadas las primeras lágrimas, no encuentro ya palabras para hablarte: sin embargo, tenia pensado lo que te iba á decir y tiemblo, me horrorizo y desfallezco en el instante decisivo; conozco que estamos en situación suprema y no sé qué decir. Voy á estrellarme contra el suelo si no tienes piedad de mí, si no tienes piedad de tí misma. No nos condenemos los dos... ¡si supieras cuánto te amo! ¡si supieras lo que es mi corazón!... Está desierto de todas las virtudes y abandonado y desesperado de sí mismo. Soy doctor, y hago escarnio de la ciencia; soy noble, y prostituyo mi nombre; soy sacerdote, y hago del misal almohada de lujuria, y todo esto lo hago por tí, por ser digno de tu infierno, ¡y tú desdeñas al condenado!... ¡Oh, quiero decírtelo todo, algo más horrible aun!...

Al pronunciar estas últimas palabras su ademán era el de un frenético. Calló un instante, y luego, con voz fuerte, prosiguió, como hablándose á sí mismo:

—Cain, qué has hecho de tu hermano?

Hizo otra pausa y en seguida continuó:

—Qué he hecho de él, Señor? Lo recogí, lo eduqué, lo mantuve, le amé y lo he asesinado. Sí, Señor; ahora mismo acaban de aplastar su cabeza delante de mí contra las piedras de vuestra casa, y por causa de esta mujer, solo por ella!

Diciendo esto, sus miradas eran fieras y su voz se iba apagando por grados, y repitió varias veces las últimas palabras maquinalmente, con largos intervalos, como una campana que prolonga su última vibración... Por ella!... por ella!... por ella!...

Después su lengua no articuló ya ningún sonido perceptible, y, sin embargo, sus labios se movían; de repente se desplomó sobre sí mismo, como una cosa que se hunde, y quedó en el suelo sin

movimiento, con la cabeza entre las rodillas.

El movimiento de Esmeralda al sacar el pié de debajo de los pliegues de la sotana le hizo volver en sí. Se pasó la mano por las hundidas mejillas y vió con estupor que tenia los dedos mojados.

—Yo he llorado! exclamó.

Volviéndose hácia la gitana con angustia inexplicable, la dijo:

—Ay! ¡Me has visto llorar y no te has conmovido! ¿Ignoras que mis lágrimas son de lava? ¿Es cierto, pues, que nada conmueve en el hombre que se aborrece?... Me verías morir y te reirías!—Pero yo no quiero que mueras. No me digas que me amas, dime nada más que quieres que te salve, y yo te salvaré... Decídet... que el tiempo vuela... Te lo ruego por lo más sagrado; no guardes á que mi corazón se convierta en piedra, como este patíbulo que te reclama! Reflexiona que tengo en mi mano tu destino y el mio, que estoy loco, que tu situación es terrible; que puedo dejar que se hunda todo y que debajo de nosotros hay un abismo sin fin, donde mi caída seguirá á la tuya para toda la eternidad. Dime una palabra afectuosa, una sola palabra de cariño.

Abrió Esmeralda los labios para responderle; él se arrojó á sus piés de rodillas para recoger con adoración esa palabra, y acaso enternecida ella la iba á pronunciar; pero le dijo:

—Sois un asesino!

—Pues bien, soy un asesino, pero serás mía. No quieres que sea tu esclavo y seré tu dueño. Serás mía. Tengo una guarida y te arrastraré hasta allí. Me seguirás, te verás obligada á seguirme, porque sino te entregaré á la horca. Es indispensable, hermosa mía, ó que mueras, ó que seas del sacerdote, del apóstata y del asesino; y esta misma noche, ¡lo oyes? Vamos, alégrate y bésame loca! O la tumba ó mi lecho!

Los ojos de Dom Claudio centelleaban de rabia y de impureza; su boca lasciva enrojecia el cuello de la jóven, que forcejeaba por arrancarse de sus brazos; él la llenaba de besos espumosos.

—No me muerdas, monstruo! gritaba la gitana. Déjame, fraile odioso y corrompido, ó te arranco las canas y te las tiro á la cara á puñados.

Dom Claudio quedó encendido de vergüenza, luego pálido, y la soltó, mirándola con ojos sombríos. Ella, creyéndose victoriosa, prosiguió:

—Ya te dije que pertenezco á Febo,

que le amo; porque Febo es hermoso y tú eres un clérigo, viejo, feo y repugnante. Vete!

Dom Claudio lanzó un grito violento, como el miserable á quien aplican un hierro ardiente.

—Pues muere! exclamó, rechinando los dientes con furor.

Vió la infeliz la mirada horrible del arciano y quiso huir; pero él volvió á cogerla, la sacudió, la echó al suelo y corrió hácia la Torre Roland, llevándosela asida de las manos y arrastrando por las piedras.

Cuando llegó á la Torre Roland se paró; volvióse hácia ella y la dijo:

—Por última vez, quieres ser mía?

La gitana respondió con entereza:

—No.

Entonces Dom Claudio gritó:

—Gudula! Gudula! ¡Aquí tienes á la gitana! Véngate!

En seguida sintió la jóven que la agarraban por el codo: volvió la cabeza y vió un brazo descarnado que salía de una ventana y que la apretaba con una mano de hierro.

—Ténla cogida y no la sueltes, dijo el sacerdote, que voy á buscar á la justicia y verás despues cómo la ahorcan.

Una carcajada gutural respondió en el interior de la Torre Roland á aquellas sangrientas palabras.

Vió la gitana que el sacerdote se alejaba corriendo en dirección del puente de Nuestra Señora, que era por la parte donde se oía el ruido de caballos.

La Esmeralda reconoció á la maligna reclusa, y aterrorizada quiso soltarse; retorcióse, hizo movimientos de angustia y de desesperación, pero la otra mujer la sujetaba con extraordinaria fuerza. Los dedos flacos y huesosos que la atenazaban se crispaban en la carne y llegaban á juntarse; parecia que aquella mano estaba remachada en el brazo de la gitana.

Rendida ésta se dejó caer al suelo, y entonces el temor á la muerte se apoderó de su alma; pensó en la dulzura de la vida, en el color del cielo, en la hermosura de la naturaleza, en el amor de Febo, en todo lo que huía de ella y en todo lo que se la acercaba; en el sacerdote que iba á delatarla á la justicia, en el verdugo que vendría, en el patíbulo que estaba allí. Sintió entonces que el espanto la subía hasta la raíz del caballo y oyó á la reclusa que, riendo lúgubrememente, la decia:—“Vas á morir ahorcada.”